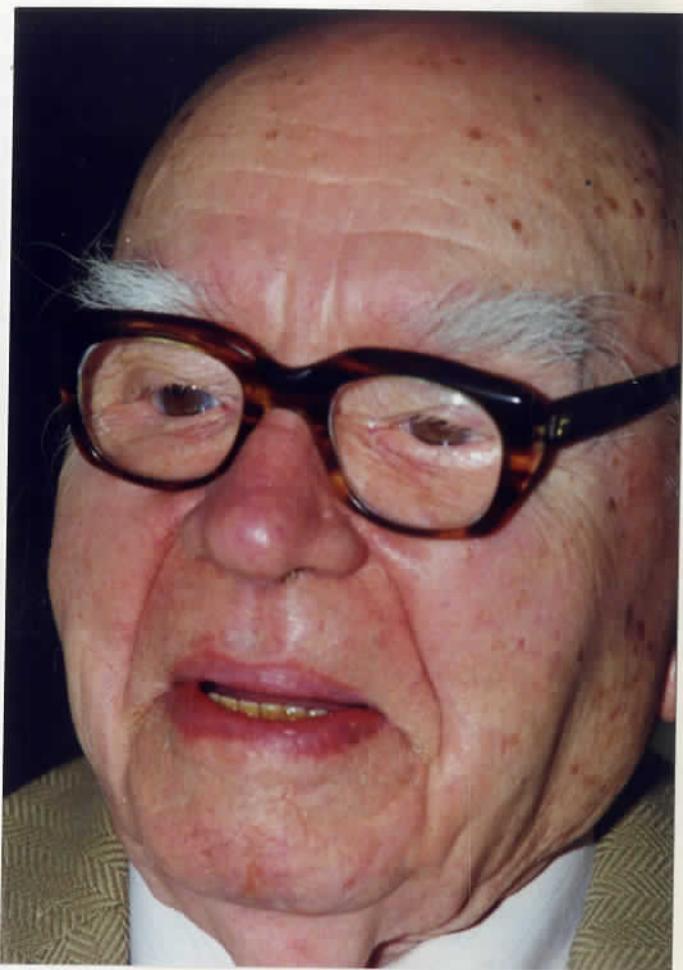


ELEGIAS





A
Montevideo
D. Alroy
4° agosto 1994

L.C.A.B.A.	
Nº DE INVENTARIO	36838
UBICACION	X-30-34 F.H
INGRESO	28-3-18
MATERIA	Foto - dedic.
	D

DESDE hace setenta años estoy adherido al paisaje gallego. La inmigración fue en 1930, en una ardua trahumante. Hoy es un paisaje que respeto a distancia, a través de estaciones temporales, suyas y mías, llevándolo metido en la sangre y la memoria como cosa hereditaria.

La fuga irreparable de los años tiene sólo un consuelo: atraparla en la red que tejemos sobre la urdimbre recia y sutil de nuestros sueños. Sueños que no son más que fibras de uno mismo, logradas en rucas de meditaciones y silencios. Sueños que amalgama la emoción y aglutina el pensamiento que no diluye. Sueños que quedan bordados allí como único florón de la existencia.

Allí, en Cortegada, Silleda, nació mi padre, en una casucha mitad cueva, entre peñascos lavados por garúas persistentes. Allí conocí a tía Jesusa, a tío Pepe y a la demás parentela trigueña y rubia, como mi abuela de apellido inglés. Todas almas candidas como las matas que bordean los senderos. Almas que ahora junto como si fueran yuyos para hacer esta fogata alegre de añoranzas.

Papá no emigró, huyó de España, ya promediado el siglo XIX.

Don Benito

Por Juan Filloy

Para LA NACION - Río Cuarto, 1994

Las levas carlistas arrasaban la mocedad de los poblados. Por senderos y escondrijos secretos esquivó el bulto. Y se salvó su vida de la férula de turbulentos secuaces de dinastías caduca, de obispos de mitra torcida y grandes de España que lo fueron en ignominias y oprobios.

Así, intacto su pellejo, se afincó en la arcadía chucara que era la Argentina. Ya no era polen de destino incierto. Los gérmenes que el viento aporta vinieron con él. Ya no sería allá encina ni alcornoque, sino, tal vez acá, álamo o espinillo.

Cuando hay hambre no hay morriña. Esa fue su gran lección de emigrante. Abolida la nostal-

gia por él, implantó aquí los genes de su raza. Brizna que se empecina, se arraiga y brota en clima nuevo. Mi padre fue un tallo de esos que se dan mejor en la intemperie, un tronco de esos que no abaten turbiones ni sequías. Si echó raíces en el desamparo fue por la energía de su temple y su empeño de ser libre.

Adentrado al comienzo en la campaña casi mostrenca de la provincia de Buenos Aires anduvo a la buena de Dios del matorrismo hacendado y estancieros honestos, entre resabios rosistas y albricias de organización, lo mismo que entre huellas profundas y cangrejales a bordo de carretas fletadoras de lanas y frutos y los ecos augurales de los

versos de "La vuelta de Martín Fierro".

Para machacar el infortunio son necesarios yunque, no colchones. Rudo mocetón, joven semidomado, se encarajón con durezas y vicisitudes donde otros se enervan en melindres. Atrajo fatigas, no desperdició sacrificios. Así, firme en su nuevo país, jamás lo abrumaron las saudades. Todos sus recuerdos fueron tan patéticos que nunca quiso visitar ni regresar a España.

Cumplida su misión yacen los progenitores. En el modesto panteón familiar, más de medio centenar de vástagos yertos están a su amparo. Porque en verdad su sangre de exiliado ha cundido y cunde todavía, entre paréntesis de partos y funerales, eviternamente.

No es oportuno gemir ni exaltar ahora los trayectos andados por cada cual. Debieron andar y anduvieron. Eso es lo importante y basta. Porque todos blasonaron la pureza de la honestidad heredada y la consigna de afrontar todas las circunstancias con aplomo, despejo y, como dijo el poeta, "sin arrodillar jamás los ojos en la oración del llanto".

(c) LA NACION